

LOS HIJOS DE LOS
HIJOS DE LA IRA

BEN CLARK

EDITORIAL



DELIRIO

TODO ESTABA AL ALCANCE
EN AQUEL TIEMPO
(nota a la nueva edición)

Escribo estas líneas en febrero de 2017. Hace justo doce años, en febrero de 2005, empecé a escribir unos poemas que no se parecían a nada de lo que había escrito hasta entonces. Se supone que los poetas sabemos expresar bien sensaciones con palabras, pero me resulta imposible describir en esta breve nota la mezcla de emoción e incertidumbre que tuve al adentrarme, de noche y solo en la biblioteca de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores, en esos primeros versos: «Llovía en las aceras y en las casas. / Llovía en todo el siglo XXI». No sabía hacia dónde iba con aquello, no pensaba en nada que no fueran las palabras que iban apareciendo en ese preciso momento. No quiero valorar el libro en su conjunto. No podría. Pero sí que admiro el fervor y la emoción de aquel poeta que rayaba la adolescencia, y pensar en su entrega durante aquellos meses en que escribió esto que tienes entre las manos me conmueve y me devuelve la fe en la poesía.

Creo que hay ciertos poemas que uno sólo puede escribir cuando es muy joven. Son textos que requieren cierta impertinencia, cierta osadía juvenil que los años, por desgracia, van transformando en concordia para favorecer la supervivencia. Al repasar este libro (que no había abierto en años) me he encontrado con varios de estos poemas y me ha horrorizado descubrir una voz en mi cabeza que me preguntaba si de verdad quería volver a publicar aquello. Claro que quiero. Es más, debo hacerlo si quiero ser fiel a ese poeta, un tipo flaco que creía en el poder de la poesía por encima de

todas las cosas. Un tipo que, dicho sea de paso, no sabía casi nada del espinoso mundillo de la poesía en España y que, me parece importante reseñarlo, no habría escrito el libro que escribió si hubiera sabido que lo leerían con tanta atención. Pero basta de hablar en tercera persona. Sigo siendo yo, Ben Clark, su autor y sigue habiendo libro. Y por eso lo reeditamos.

Quisiera agradecer la oportunidad que me brinda Fabio de la Flor, de la Editorial Delirio, con la misma sinceridad con la que agradezco a la familia Hiperión haber apostado, en su día, por *Los hijos de los hijos de la ira*.

Han pasado muchas cosas desde el año 2005. Poco tiempo después los «hijos de la bonanza» fuimos testigos directos del desmantelamiento de infinidad de estructuras culturales y sociales y el desasosiego oculto del que hablaba este poemario se hizo manifiesto y manifestación. Sé que hubo poemas de aquí que circularon entre el movimiento social del 15-M y pensarlos me llena de asombro y de orgullo.

Con todo, creo que quise escribir un libro sobre el dolor que provocaba sentir que uno llegaba tarde al mundo y hoy, cuando doy alguna charla en algún instituto o contesto un correo de un poeta joven que me pide consejo, intento transmitir precisamente lo contrario: está todo por hacer y debemos intentarlo. Así de caprichosa es la poesía.

He incluido al final del libro una adenda, mi humilde aportación al trabajo de aquel poeta de veinte años que escribía mejor que yo. Y, como he vuelto a caer en la tercera persona, con esto me despido, agradeciendo también a las lectoras y a los lectores que, a lo largo de todos estos años, me han recordado en persona, por correo electrónico o a través de redes sociales que escribí este libro. Sin ellos hubiera sido fácil olvidarlo.

*Ben Clark,
Ibiza, 21 de febrero de 2017*

*A los hijos de la bonanza
y sobre todo a los que no tuvieron esa suerte.*

I

ACERO INOXIDABLE

*They hand in hand with wandring steps and slow,
Through Eden took thir solitarie way.*

John Milton

No es este el Paraíso prometido
y, sin embargo, ¿quién se ha dado
cuenta?

I

Llovía en las aceras y en las casas.
Llovía en todo el siglo XXI.
Teníamos entonces nueve años
y una idea aturdida del amor.
Llovía en todo el siglo XXI.
Llovía en nuestros ojos y quemaba
mientras nos divertíamos lamiendo
el neblumo, el esmog de las farolas.
La City era una ciénaga convulsa
donde se hacía muy difícil distinguir
el cielo gris de todas las corbatas.
Cogidos de la mano
nos hacía toser el acre olor
de vidas gangrenadas.
Unos pasos más cerca de la muerte
llorabas y decías: «¡Ben, Ben, Ben,
quiero irme a mi casa!».
Estábamos perdidos. Y aún llovía.
Confundías las calles como a veces
confundimos extraños con amigos.
Como Hansel y Gretel, regresamos
buscando nuestras huellas, algún res-
to.
Pero nada se imprime en el asfalto.
Y en el suelo no había más
que latas de refresco
devoradas por la luz.

Ya no habría consuelo en nuestras
almas.
Habíamos llegado tarde al mundo.

II

«Hijos de la bonanza», nos
llamaban.
Los que no conocieron ni la hambruna
ni las agudas larvas de estridencia
chillando en el oído por las bombas.
Y cuando nuestras piernas, tan delgadas,
caían y sangraban porque el parque
era de un hormigón armado y frío,
se quedaban callados, observando
nuestro llanto con un gesto de sorna.

Debíamos vivir y dar las gracias
por la ocre rozadura en la garganta
que provocaba el aire al refugiarse.
Agradecer las flechas de las nubes
y que un fango lechoso a nuestros pies
—en un último gesto agonizante—
le mordiera las botas al progreso.
¿Y cómo agradecerles la alegría?
La risa provocada por los hombres
inocentes del mar
cuando se encaminaban hacia el río
dispuestos a bañarse entre excrementos.

También estaba el tedio
de tener que explicarles a los niños
palabras como pueblo indio, oso
pardo, ballena azul o lince ibérico.
Pero esto eran minucias, sacrificios
en nada comparables al sufrido
por aquellos que ahora nos decían